

X FERNANDO CHAVES

X **BALANCE SUMARIO**
DE LOS ELEMENTOS CULTURALES
(Fragmentos)

ÁREA HISTÓRICA
DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL

BALANCE SUMARIO DE LOS ELEMENTOS CULTURALES (Fragmentos)

Explicación.—Las técnicas de transmisión de la cultura traídas por los españoles: lectura, escritura, operaciones matemáticas de base, apenas si tenían que reemplazar técnicas existentes ni mejorarlas, y menos aún copiarlas o adaptarlas, como había sucedido en tantas conquistas.

La herramienta fundamental de la comunicación y la influencia cultural, el idioma, se puso a coexistir junto a las lenguas indígenas. El español hablaba su lengua entre los miembros de su propia y extranjera comunidad, y se valía de intérpretes para su entendimiento con los indios.

Hicieron los españoles, salvo los religiosos, ademán de creer que los idiomas aborígenes no existían, pues su aprendizaje no comportaba la aproximación a una literatura escrita ni la penetración en un horizonte cultural desconocido y **histórico** que guardara secretos.

Para el criterio del español de la Conquista, y con pequeña modificación para el de la Colonia, era el indio el que debía aprender el español, la lengua con literatura, con vigencia universal, instrumento de expresión de una raza con tradición, con historia gloriosa y con un pensamiento ramificado por todos los rumbos de la actividad mental del hombre.

Se hicieron diccionarios, traducciones al quichua, de oraciones especialmente. Pero nadie se cuidó de mantener las lenguas indias, las mismas que sobrevivieron por un fenómeno de persistencia maravilloso, y quizá favorecido por el asilamiento en que vivieron los hombres de las dos culturas. Tampoco nadie se ocupó de enseñar el castellano a todos los indios que se encontraran en contacto con los blancos.

Esa hubiera sido una labor escolar de grande trascendencia, pero al mismo tiempo de gran costo y de elevación involuntaria del indio, y quien sabe si la presencia de esta segunda consecuencia es lo que brindó algún impulso de unificación lingüística que pudo apuntar en la mente o en la acción de algún caballero español.

En todo caso, no se enseñó de modo sistemático la lengua del vencedor a los vencidos. Estos la aprendieron de manera espontánea. Tanto que hasta hace poco, centros comerciales como Otavalo, podían presentar en sus ferias la vitalidad del quechua, casi igual a la del español en grupo mestizo y aún en el blanco, los cuales para las transacciones tenían que recurrir, casi por fuerza, al quichua, el cual era sabido por todos los habitantes de la ciudad, casi sin excepción.

Es claro que el uso del quichua no llegó hasta la escuela, y que en los bancos de ésta los **longuitos** eran en escaso número y que sólo llegaban por insinuación de algún maestro notable o por comodidad y casi riqueza de los padres.

Hay aún pueblos de escasa significación y un tanto alejados de los centros importantes de población que tiene una predominancia india en sus censos. En ellos, naturalmente, se habla como lengua primera el quichua o un dialecto suyo, pero la mayor parte de los habitantes conocen el español, idioma que les sirve para sus relaciones con el blanco.

Vamos a ocuparnos después en el criterio cultural respecto a la unidad del idioma en la escuela, y a la bifurcación idiomática de la escuela de primeras letras en los centros poblados mayoritariamente por indios, y al empleo exclusivo del quichua en esos mismos lugares.

Examinando hechos, por ahora nos contentaremos con señalar que la enseñanza de la lengua castellana no fue paralela con la doctrina y que no se hizo un esfuerzo sistemático y de alcance nacional para dotar al Ecuador de un solo idioma.

Esta tarea queda todavía como una obligación para trabajadores futuros y ni siquiera la discusión un tanto académico sobre la dotación de un solo idioma se ha realizado entre nosotros con intensidad.

La limitación del trabajo instructivo dirigido a los blancos mismos y a los mestizos, con exclusión del indio, quizá ha impedido que se trataran esas cuestiones que en la práctica iban resolviéndose por sí solas y que no valía la pena escudriñar si no era posible pasar a la acción.

El invasor no quería incorporar a su cultura las adquisiciones del pueblo vencido. Por eso en el contacto de las dos culturas no fue atendido como debía elemento tan importante como es el idioma.

La vigencia total del castellano no podía ser entendida ni obedida por los indios que permanecieron al margen de la vida administrativa del conquistador, las escasas relaciones de explotador y explotado se hicieron al través de intérpretes, pero no pudo ser obliga-

toria la enseñanza del castellano porque todo trabajo educativo fue declarado o tomado como innecesario.

El religioso que adoctrinaba, que enseñaba oficios, que procuraba enseñar a leer, establecía el puente cultural, pero en forma muy limitada, y muchas veces poniendo el instrumento de formación religiosa (catecismo por ejemplo) en la lengua del subyugado para facilitar el aprendizaje del vencido y su propia tarea. El si conocía las lenguas aborígenes, y es lástima que no hubieran procurado conservar el tesoro folklórico que en su tiempo estaba o debía estar casi intacto.

En ese primer choque del hombre de Europa, aquejado ya de individualismo extremo, con una cultura totalmente exótica, con la cual no se reconocían en modo alguno lazos o similitudes, y a cuyos poseedores se diputó como inferiores desde el primer momento (siglos después proseguía la polémica sobre la condición humana del indio) como impermeables a la explicación subjetiva que de todas las cosas de los otros pueblos europeos, aún de los orientales, elaboraba el sepañol, no se encuentra, sino por excepción, alguna tentativa de aproximación, de inclinación simpática hacia las formas de vida del indígena.

Ese tenaz apartamiento anímico puede ser la raíz de la incompreensión histórica de las dos clases económicas posteriores y nacidas de las dos razas adosadas por la Conquista y no unificadas por la Colonia. En él puede estar también el origen de la vacilación durable, de la incertidumbre psicológica, de la espontánea duda y el encojimiento del mestizo.

Desprecio cultural.—El español no busca la explicación, ni siquiera superficial, del fenómeno de las culturas americanas. Las considera inferiores, indignas de interpretación y de estudio demorado, de conservación siquiera, puesto que son poco valiosas y las arrumba con bronco ademán. Sólo decenios después comienza a clasificar, enumerar, hasta relacionar los elementos desperdigados que restan, pero no los interpreta, ni aún más tarde.

Hasta tanto, muchas muestras notables, testimonios únicos, huellas preciosas han desaparecido para siempre destruídos por la codicia, por la ignorancia y por el fanatismo.

El hispano se asombra poco ante lo que halla, se limita a calificarlo de exótico, de raro, de irracional y los sustituye, lo poda para reemplazarlo con su mundo, sus usos, sus creencias, sus prejuicios, sus cosas, su alma.

No se instala aparte como el inglés, trasladando a la colonia un trasunto diminuto de la madre patria enclavado en el suelo ajeno,

pero con signos bien visibles y bien claros de que está puesto al costado del otro mundo, de las otras gentes, de la vida colonial nativa.

No, el español reemplaza el mundo de las otras gentes con el suyo y hace servir a los indígenas en la construcción de ese mundo nuevo que nada tiene que ver con ellos, los utiliza en llenar la vida propia; pero sin dejarles participar en su mundo y sí apenas en su vida, en el lado más material.

El español trata de introducirse en el mundo ajeno por medio de la destrucción y el destrozo, con lo cual queda a su vera, indómito y fiero, pero alejado, incomprensivo, solo, a pesar de que no se niega a la fusión sexual.

Aún más tarde, nosotros los mestizos, en la mayoría, con el sincero deseo de entender y sentir el mundo indio hacemos inventario etnográfico de las culturas anteriores, pero no logramos explicarlas, porque hemos perdido sus claves, sus contactos con la naturaleza y el espíritu, su ligamen con la tierra y el cielo.

No siquiera logramos sentir los modos indígenas con claridad. Acaso sin quererlo y sin darnos cabal cuenta seguimos viendo en el indio un ser curioso, y en sus manifestaciones los resultados de un espíritu diferente, que tiene poco de común con el nuestro, un espíritu resistente a la explicación cartesiana, fuera del raciocinio, y hostil hasta a la un poco ciega interpretación sentimental.

Es claro que a ello ha contribuido la falta de monumentos literarios o de sus versiones recogidas en los primeros tiempos por españoles que sintieran la simpatía del pasado indio y la emoción de su presente, en el siglo XVI o XVII, y también el hermetismo despreciativo, suficiente o enteramente vacío del indio mismo.

La cultura hispánica, despliegue avanzado y jactancioso de un yo impositivo, taracea exacerbada y detallista de un afán místico, soñador y aventurero, activo y subjetivista al mismo tiempo, valoración elevada e indiscutible de un mundo interior hecho de pasión orgullosa, de amor contradictorio, de celo sexual extrapolado a todos los dominios, de mística militante y de negación anarquista y violentamente jerárquica, se encontró de súbito con una cultura que no puede explicarse ni levemente por comparación, por deducción aproximadora de los fenómenos propios, con una vida interior indiana —rica o pobre, no se ha logrado saberlo— que permanece siempre como un rebelde, arisco al cerco lógico, al rodeo explicativo y ardido de metafisiqueos, y que guarda hoscamente, al través de siglos de doblegamiento y servidumbre totales, sus fueros de otro yo, sin abdicar nada, al tiempo que ofrece la completa sumisión de los cuerpos, y que resta inasible, irreductible a las fórmulas consagradas por siglos de especulación psicológica y filosófica; fórmulas que ilumi-

nan el abismo espiritual y lo exponen a la claridad explicativa en el caso del español, rama del europeo al fin, pese a sus originalidades, y que en el caso del indio se vuelven herramientas sin filo, explicación brumosa de una alma que se supone y se quiere elemental, primitiva quizás.

Este es mi entender el núcleo psíquico y colectivo de nuestra tragedia social, nuestro hondo e irreparable conflicto racial del comienzo y del hoy, porque se prolonga en los buceos ciegos y en los insondables remolinos del alma mestiza, en su enredada madeja volitiva, en su incoherente y deleznable intelección, en su sentimentalismo alógico, turbio y durable, en la vegetal proliferación de sus instintos proclives a la maldad.

Los dos "yos".—Hay un par de "yos" erguidos y alertas en perpetua brega en el fondo de la psiquis mestiza, tragedia que se añade a las otras que son normales en la psicología de las edades, de las relaciones sociales, etc.

Un par de "yos" que no hallan, ni buscan quizá de verdad, un puente de comunicación resistente a las sacudidas y a los espasmos, que no aciertan con el abrazo fundidor de sus semejanzas y apaciguador de sus almenadas diferencias, y que permanecen hoscas, inaccesibles, estérilmente en perpetua vigilia negativa el uno frente al otro; mientras el uno deshace con pesimismos corrosivos y cuchufletas sangrientas las actividades constructivas y las manifestaciones voluntarias del otro, o mientras el uno niega violentamente hasta la existencia del otro que le está royendo las entrañas y entenebreciendo la vida.

Las dos razas parece que coincidieran y funcionaran a la vez en el mecanismo psicológico del mestizo. Tal como algunos teóricos del problema sexual creen que funcionan los dos sexos alternativa o simultáneamente en el cuerpo y en el espíritu del hombre, así en el alma mestiza se imbrican o se suceden los accesos de fidelidad al espíritu español o al alma del indio.

En las manifestaciones complejas del psiquismo es difícil advertir cuál es el ingrediente predominante. Por eso tienen interés las indagaciones acerca de cuáles son los elementos psíquicos de un hombre y de otro, y las investigaciones que sitúen los elementos de las culturas, yendo de los simples que son puras actitudes, a los complicados que son mecanismos conscientes en su comienzo y que el tiempo convierte en herramientas de adquisición y enriquecimiento del espíritu pudiera decirse que permanentes.

Pero se puede sostener que las dos influencias se alternan y sus diferentes proporciones causan la inestabilidad característica de la

psiquis mestiza. Por eso muchos observadores observan con enfado que el yo mestizo está dominado por la vacilación y por el sometimiento periódico a sus elementos constitutivos, los cuales llegan al predominio sin que el individuo advierta una sugerencia interna.

El yo de origen español sucede al indio o viceversa; pero la mayor parte de las veces parece que se enlazaran en la valencia periódica, sobre un fondo en que coexisten los dos, milagrosa y peligrosamente, pues que falta el norte, la imantación psicológica firme que hace posibles la ambición, la pasión durable, la forja del destino personal.

La escritura.—El español traía la escritura suya y la empleaba. Pero no todos sabían hacerlo y su complicado proceso de estilización y simplificación se escapaba a los más cultos, por lo cual no entendían la ausencia de la escritura ni de los otros sistemas de representación de ideas más pegados a la sensación, que sufría la cultura india.

El indio debía aprender la escritura extranjera o ignorarla, pero nada más; no había escritura sistemática suya que pudiera dejar sentir su influencia completadora sobre los signos latinos, ya muy elaborados y probados en una larga evolución y en su proceso internacional de perfeccionamiento.

Las culturas indias andinas no habían llegado todavía a las abstracciones de los signos traductores de otras abstracciones, las de los sonidos, componentes constantes de los símbolos (palabras) expresadores de las ideas.

Las representaciones de palabras por descomposición y recomposición en sonidos y letras no podían penetrar con facilidad en el universo indio, porque en él las ideas abstractas mismas no eran muchas, al menos eso es lo que puede inferirse de los vocabularios y de una literatura balbuceante de traducciones y adaptaciones minimizantes a que dio nacimiento el propósito evangelizador de los españoles.

La escritura del blanco no podía, pues, añadirse a un sistema de signos indio para mejorarlo o complicarlo, ni los blancos podían añadir a su propia escritura, o siquiera admirar, los pictogramas como un complemento o un adorno de sus letras, ya perfectamente intelectualizadas.

La escritura de signos y su interpretación era una cosa, una actitud, una disposición del espíritu enteramente nueva y desconocida.

Actitud difícil, enteramente imposible de explicar sin el conocimiento de los procesos de vida interna que ellos crean o desatan, por intermedio de procesos por lo menos similares o próximos. Por

ello, adquirió contornos de habilidad mágica, y cabalística, y se convirtió en una marca de superioridad indiscutible, cuya posesión y goce debía corresponder únicamente a los privilegiados. Por este camino, el saber escribir divino blasón, señal del hombre blanco.

La lectura.—Los "leídos y escritos", se decía. Atahualpa menospreció a Pizarro porque no resistió a la prueba de la lectura del libro que el astuto quiteño le puso en las manos para que lo oyera, y repitiera para el Rey de Quito, lo que decía el fondo milagroso de sus páginas.

El indio quedaba pues, a causa de la escritura, —una vez más— lejos de esa muestra de distinción y elevación que tampoco era propia de todos los españoles venidos de afuera.

Al nativo no se le podía señalar ni galardonar con la capacidad distintiva de escribir por su mano sino en contados casos, y él aceptaba sumisamente esa exclusión, de grandes alcances sociales, acaso explicándose la negativa en su interioridad como una justa jerarquización más.

Ese elemento e instrumento cultural no pudo trabajar ni amueblar el alma india desde el principio. Y hemos de luchar hoy todavía, contra esa ausencia.

Con la lectura (anverso o reverso de la escritura) sucedió igual. La interpretación de los signos mágicos, depósitos de las palabras, no podía ni debía hacerla el indio, ser inferior, animal de labor y en ocasiones de placer.

Para el criterio español de la época, qué expresiones superiores o de interés podía ofrecer el indio de su alma, si hubo algunos españoles que se preguntaron seriamente si el indígena poseía alma. Y en el caso de que la tuviera, con qué derecho había de comunicar a los demás las expresiones de su espíritu?

A ello se debe que la lengua española en expresión escrita ha permanecido más pura de neologismos que en la expresión hablada, en el habla de todos los días, la cual se ha saturado de palabras, modos de decir, inflexiones y hasta flexiones quichuas o quichuizadas. A ello ha de deberse también el que sólo muy tarde comienzan los intentos de exploración y de expresión del alma india, y eso por los atajos que facilitan el mestizo o el blanco que viven junto a las comunidades indígenas.

El indio no debe aprender a leer porque no es esa ocupación para él; no necesita malgastar su tiempo en ese aprendizaje inútil y, posiblemente, corruptor.

Lo que al principio pudo ser solamente una preocupación hasta cierto punto explicable del conquistador, se prolongó como una

zancadilla de clase dominante que de este modo rehuía sus inmensas responsabilidades culturales, pues que el aprender a escribir y a leer podía ser el camino de la redención moral y de la rebelión política.

El alejamiento del alfabeto prolonga hasta hoy sus feas manchas en nuestras estadísticas, porque los grupos que se han adueñado por turno del poder no han visto en la ignorancia el más grande enemigo de una patria en formación.

Las operaciones matemáticas.—La enseñanza o el aprendizaje de las operaciones elementales de la matemática se hace normalmente, cuando no interviene la escuela, en la práctica de todos los días, dentro de un círculo restringido que no depasa las necesidades frecuentes y no se eleva a operaciones difíciles o muy abstractas. Sin el vehículo de las otras dos técnicas: la escritura y la lectura, es casi inconcebible la enseñanza de la aritmética aislada.

El indio siguió contando en su idioma y a su manera las **tareas** que cumplía, los "patacones" que debía, los días de trabajo y las fiestas; pero los cálculos más complicados los hicieron siempre el blanco o el mestizo ladino que llegaron a capturar la técnica elemental de los números, traída por los españoles.

Así había sido también antes. Los sacerdotes y los representantes del rey verificaban las cuentas algo complicadas relativas a las siembras, a los turnos de trabajo, a las cosechas y al reparto de los olimentos y fibras textiles.

El indio común no necesitó más que los rudimentos del arte de contar. El gran número, es decir los indios productores que no necesitaban intervenir en las estadísticas gubernativas quedaron pasivos, si no indiferentes frente a esas técnicas.

Lo mismo sucedió después, cuando la llegada y el dominio del blanco. En algunos casos parece que subsistió el **quipo**, como instrumento de cuenta. El anudar una cuerda para señalar días pasados, cantidades pagadas, subsiste aún en algunas partes.

Ni leer ni escribir, ni calcular, todas técnicas difíciles que exigen enseñanza y aprendizaje correlativos, y que tienen una prolongada asimilación, no eran precisas para que el indio ejecutara las tareas confiadas a sus brazos.

Es hasta de presumir que los indígenas hubieran resuelto aceptar su extrañamiento del fenómeno cultural que se desenvolvía a su vera, pero protegido y en cierto modo oculto a sus ojos por la ciudad y por la casa del español.

No le quedaba, desde luego, otra actitud, y además ella estaba conforme con la que había soportado por centurias. Su indiferencia ni siquiera cambiaba de posición.

Por lo que respecta al blanco no le interesaba que el indio aprendiera las operaciones aritméticas. La escasez de sus relaciones de contenido cultural o psicológico era más bien un motivo para que el español anhelara la ignorancia total del grupo dominado.

El culto de la tierra.—Había la tierra cambiado de amo y eso sí le dolió muchísimo al indio agricultor por partir. Este sintióse despojado, desgarrado en su querencia más profunda.

Si en el régimen indio los cultivos y el reparto de producción se hacían con sentido colectivista, la propiedad de la tierra era en común y nunca esa división se hizo con el signo violento de despojo con que realizó el español la apropiación de la tierra y la posesión exclusivo de sus productos.

El dolor producido por el arrebató de la tierra es el origen y la explicación del sombrío ardor fanático con que los indios **pleitean** por décadas por una mota de tierra: han intuído las leyes que por algún resquicio pueden apoyar su derecho o reforzar su pretensión y a ese resquicio o a esa remota esperanza —muchas veces lucecillas falaz encendida por un mestizo explotador— se aferran con una testarudez reconcentrada que rehúsa la discusión y desconoce los reveses.

No es solamente el interés lo que mueve al indio a sostener prolongadas disputas, pues a veces en el pleito gasta mucho más de lo que el terreno vale, sin contar lo que en humillaciones, pérdidas de tiempo, fatigas y preocupaciones le cuestan los litigios.

Es más bien la defensa de la tierra por ser tal, de la poca que ha podido recuperar o guardar, de lo único que sospecha defendible y digno de lucha, y es el amor a esa tierra nutricia y amargadora a la vez, lo que le quema la voluntad y la mantiene tensa durante años, en contiendas que para un blanco estarían desde el comienzo perdidas lo que le obligaría a buscar un arreglo en vez de hundirse en el eterno pleito.

Ni es tampoco, de modo único, la habilidad del **tinterillo**, la que prolonga esos inacabables "papeles sellados" que los indios heredan de padres a hijos; es más bien un definible y casi mortal apego a los terrones por lo que el indio ha paseado su soledad, su tristeza y su mutismo.

En ciertas regiones ese culto de la tierra alcanza extremos patéticos, lo que, por lo demás, no tiene nada de excepcional, pues que el campesino de todas las naciones mata o muere por un palmo de tierra, más fácilmente que por otro motivo. En torno a la laguna de

San Pablo, en Otavalo, por ejemplo, no vende el indio por nada del mundo la tierra que le pertenece, así sea improductiva y escasa. La conserva, a pesar de todo, porque es su tierra, la **allpa mama**, sin otra explicación, porque esa pasión elemental no la necesita ni la tiene.

La tierra-refugio.—La comunión indígena con la tierra, realizada y afinada durante largos siglos de veneración y posesión, se rompió con la orescencia del blanco, propietario indolente y ganoso de provecho rápido por un lado, y amo incomprensivo y atacado de religiosidad y orgullos de casta, por otro.

El blanco no tenía ninguna afinidad con la tierra americana, la veía como fuente de riqueza y como asiento de su altivez de dominador y nada más.

El indio, en cambio, sentía una honda afinidad con la tierra. Por eso tuvo que aislarse en la soledad muda de la pequeña que le quedaba en propiedad y que había sido antes y continuaba siendo su solo refugio.

Cobraba así el panteísmo del indio un insospechado valor emotivo y de rememoración del pasado en el que había disfrutado de la tierra, y era al mismo tiempo esperanza y anticipación de un futuro de revancha y de reclamo de esa misma tierra que el indio esclavizado, y único agente de la producción agrícola, continuaba viendo cerca de sí, aunque no la poseyera por derecho.

En el mestizo pocas huellas han quedado del culto terrígena del indio. El ha conservado más bien el desprecio por las labores campesinas que ostentaba el español, por eso las realiza con despego y como muestra de una detestable sumisión a la que puede sujetarle únicamente la pobreza.

Solamente años después va a aparecer el mestizo propietario de tierras y con él el incipiente esbozo de una clase campesina que vive en el agro, se enriquece con su cultivo y aspira a perpetuarse en su dominio y en su explotación. Pero el mestizo por carecer de raíces en su amor a la tierra pocas veces tendrá el coraje, la constancia precisos para el doloroso, largo empeño de reivindicarlas.

La tierra - símbolo.—Cuando el blanco superpuso sus modos vitales sobre los hábitos indios no sospechó la gran tragedia espiritual que desataba y que destrozó y continúa destrozando la mentalidad personal y colectiva de los pueblos avasallados.

El despojo de la tierra fue el ingrediente mayor de esa tragedia y los pueblos americanos, en sus clases inferiores y desheredadas, no han sido todavía curados de ese formidable traumatismo del instinto de posesión de la tierra, no solamente de la de su propiedad per-

sonal, que la conquista infligió al indio y que después ha sufrido el mestizo en sus consecuencias legales y económicas, pues que es desposeído también, alejado igualmente del dominio y del gozo de la tierra, sino a la vez del uso de la que era de propiedad colectiva, pertenecía al grupo similar y unitario en lo profundo.

Si el mestizo hubiera guardado esa unión íntima con la naturaleza la formación de la familia campesina progresista, sólida y con ambiciones de clase social influyente habría sido más fácil, quien sabe si solamente se habría necesitado un leve impulso del Estado para fomentar su constitución y su desarrollo.

Ese núcleo social habría dado vigor a una nación que se iniciaba y las instituciones habrían tenido un firme asiento en esas pequeñas sociedades que comulgaban con la naturaleza.

Con excepción de la tierra que si representaba un valor en la escala afectiva, religiosa, y en la técnica y económica del indígena, las demás cosas traídas por el blanco y empleadas para substituir a las indias y para sobrellevar la vida del blanco, significaron en general muy poco para el indio, porque no se descuajaba nada de su universo interior para implantarlas.

La habitación.— Para el indio ha variado muy poco. La choza cónica o en forma de trapecio, de techumbre de paja, con una sola entrada, al mismo nivel del terreno, y por lo mismo de suelo húmedo y accesible a todos los animales domésticos y plagas, es la cosa común.

Ella ha sufrido la sustitución por la **casa**, de adobón y techumbre de tejas; pero guarda asimismo la puerta única. La ventana lateral, cuando existe, no se abre, por seguridad y por la irrupción del viento y de la luz.

La arquitectura grandiosa y la religiosa de los indios desaparecieron porque no tenían objeto. Los arquitectos se ocultaron y el indio albañil trabajó a las órdenes del español, ocultando sus habilidades y sus conocimientos. Hoy, los **maestros albañiles**, sin haber pasado por otra escuela que la **práctica** de la construcción, interpretan y ejecutan los planos de los "ingenieros" blancos y les dan realizando **obras** enteras y complicadas, tan sólo con una vaga y apariencial dirección técnica.

La modificación de la casa en el sentido moderno y en el estético demandará mucho tiempo y esfuerzo de organismos especializados de contacto con los indios. El apego a las viejas formas y a las costumbres heredadas es muy fuerte para que lo desarraiguen tan solamente la imitación o el consejo, pese a que en algunos lugares ya se ven casas relativamente cómodas de propietarios indios.

La incomodidad, la antihigiene, la antiestética de la "casa mestiza" son proverbiales. Las cuatro paredes, el techo bajo, la sala común y destinada a todos los menesteres, la falta de aireación, el fogón central, las ventanas inútiles, no nacen únicamente de la falta de dinero sino también de imaginación y de un despego por el hogar que tiene múltiples explicaciones, entre otras, el trabajo de sol a sol que hace del hogar tan sólo un frío, obscuro, antipático refugio nocturno.

No existe el amor hogareño, el afán de embellecer la casa, ni la ansiedad de poseer una como premio de los esfuerzos económicos. La vida en común de un tronco de familia y sus muchos retoños en una casa es caso frecuente todavía en las agrupaciones mestizas.

El Fisco, la tributación y el impuesto.—Antes de la llegada del español el Fisco casi no se hacía presente en la vida del indio. Las siembras y las recolecciones daban lugar a continuo trabajo y a repartos preceptuados que nunca se alteraban, lo cual producía la imposibilidad de enriquecimiento por la acumulación de bienes o por la ocultación fraudulenta de los mismos.

Por otra parte, las formas elementales de la representación del valor, no engendraron, como ya hemos dicho, la concepción del dinero como fuerza y como fuente de poder.

Por tanto, la tributación natural, la entrega, o mejor dicho, la segregación en los granos cosechados de las partes correspondientes al Rey, a la Iglesia, al culto, no adquiría el sentido de la tributación moderna, y el impuesto con su aspecto premioso, su encubierta extorsión y su justificada obligatoriedad dimanada del servicio público no aparecían en el horizonte cívico del indio.

Pero el Fisco, la tributación y el impuesto con toda su arbitrariedad, su violencia, su contenido de brutal inevitabilidad se presentaron ante el alma del siervo con la llegada del ibero. Casi inmediatamente el hispano hizo comprender al indio que debía entregarle periódicamente lo mejor que tuviera: vegetales, animales, minerales, productos de su industria, frutos de su labor, su esfuerzo mismo.

Al principio fue la imposición de la fuerza la fuente de la contribución indígena. Así lo quería el que era más fuerte y ese deseo no necesitaba explicación de ninguna suerte. Después apareció una especie de reglamentación de los tributos apoyada más que en la expresión de la voluntad del contribuyente, al que no se consultó nunca de ninguna manera, en su capacidad contributiva. Mientras más tenía o podía dar el indio más debía entregar. Fijaba el amo la extensión del impuesto en cosas y en trabajo personal del indio adscrito a su propiedad y de su familia para todo el futuro previsible.

La aparición del blanco, sobre todo si estaba investido de autoridad, hasta en los días de la República próximos a nosotros no ha significado para el indio otra cosa que el cobro de impuestos, la imposición de otros nuevos o el atropello y el abuso directos e inexplicados.

El indio y los medios mecánicos.—En la indiferencia indígena para las industrias y artes del blanco que casi siempre significaron para él tribulaciones y sometimiento: encomienda, mita, obraje, transporte, servicios urbanos, estará tal vez el origen del despego por el aspecto mecánico de la vida actual que sienten en el fondo las poblaciones mestizas, y su aprovechamiento un poco negligente, fantástico y displicente de los medios técnicos que la civilización les ha puesto bruscamente entre las manos, sin que el mestizo hubiera contribuido ni a su ideación ni a su fabricación, ni siquiera a su compra las más de las veces.

Hemos señalado ya lo relativo a la escritura, lectura y matemáticas elementales. Igual cosa sucedió con las prácticas o ritos indios: aumentar, cuidar, mejorar o preservar las siembras, los plantíos, las cosechas.

Ante la máquina el mestizo ha perdido un poco el miedo indiscriminado que acometió al indio, pero todavía la máquina es puramente una entidad compensadora y enigmática para la azorada mentalidad mestiza.

A bordo de un aeroplano el mestizo indolente siente y se embriaga con la posibilidad de la fuga, de la evasión, de la velocidad que su organismo mismo no puede darle y que su voluntad anquilosada no querría ni podría conquistar.

Pero la máquina lo emancipa de la sumisión al tiempo, le da bríos desconocidos y energías gigantes que él utiliza solamente para la borrachera, en veces sangrienta, de la velocidad en el automóvil, por ejemplo. En el manejo de las finas máquinas textiles el indio puro se muestra quizá más hábil que el mestizo. Superado el temor, la habilidad creadora recobra sus derechos y el espíritu del indio luce sus mejores cualidades en el comando del mecanismo bien equilibrado y dócil.

El mismo blanco, habitante de las altas mesetas andinas, posee un cierto complejo frente a la máquina. Para el señorito blanco, el automóvil es la sustitución mecanizada del caballo atropellador y fiero del conquistador.

Y él también, el blanco de reflejos tardos, en la vida ordinaria, en el estudio, en el trabajo, se embriaga con la velocidad, pero admite con dificultad la ventaja de la utilización de medios mecánicos

en la agricultura y la urgencia de convertir en mecanizada a toda la incipiente industria que pugna por desenvolverse en las aldeas y en las ciudades de la sierra.

En el campo mismo, el blanco propietario aún piensa en la novidad de la máquina, pese a que tiene que asombrarse ante el progreso, la ganancia, la rapidez de las labores en las granjas que un espíritu moderno ha llevado a mecanizar con dificultad y sinsabor.

Se ha advertido, en otros países, la relación directa que existe entre cultura, velocidad y embriaguez y se ha pensado en que en el fondo de la velocidad loca con que se utiliza el automóvil existe un complejo de compensación.

La técnica agrícola.—El caso no es muy diferente tampoco con la técnica agrícola como ya lo hemos enunciado. Con el aporte español el indio ve apenas aliviarse su tortura con la introducción de otros implementos —no muchos— y de los animales de tiro cuya falta era sensible para las labores duras, antes de la conquista.

En los altos riscos y en las escarpaduras en que tan pródigo es el relieve de las tierras andinas hay que continuar, aún hoy, haciendo surcos a brazo para la papa, la cebada, el maíz, el haba y la quinua. El arado mecánico y la agricultura motorizada tardarán aún largo tiempo en hacer su aparición hasta en los sitios más propicios para su empleo y cuando aparezcan no disminuirán mucho el bronco afanar del indio.

El blanco no ama el trabajo de la tierra, lo siente como un castigo, cuando no como una humillación, y lo hace pesar, primitivo y anticientífico, sobre el indio despojado, ignorante, sin necesidades ni apetitos. Este ha de continuar su trabajo rudo y diario sin que le sustituyan las máquinas, a veces ni los animales, y hostigado siempre por el cholo, convertido en mayordomo o capataz. Así se explican el abandono, la incuria, la producción escasa de las tierras, y la dureza, la incomodidad, la tristeza esencial de la vida rural nuestra.

La Lecuaria.—El pastoreo no ha cambiado casi nada: si acaso han disminuído las llamas y aumentado las ovejas. Y éstas y las cabras y unas pocas llamas continúan su lenta y firme destrucción de las áreas verdes, de los bosques, de los chaparros en todo el territorio, y el aumento de las superficies áridas, de los calveros, propicios a las sequías prolongadas, a la frigidez inclemente del clima con cambios súbitos, a la escasez y al hambre.

Hasta ahora la pecuaria no se ha organizado como una industria que explota carne, pieles y lana y otros productos para abastecer a un consumo creciente y fijo y que compensa los ataques al sue-

lo de ovinos y caprinos con el cuidado de bosquecillos, del monte bajo que es defensor de la humedad, y, por lo mismo, de la permanencia de las tierras vegetales y de la fertilidad.

El indio pastor vive y sufre en el páramo igual hoy que hace mil años. Mal cubierto, mal alimentado, sin abrigo para el viento y la lluvia, inclementes, pérfidos y tenaces, batido de soledad y amargura en el curvo silencio verde-gris del altiplano, como una estatua de indiferencia, de aislamiento, de ignorancia del mundo, se yergue el "longo" pastor entre la paja, doliente símbolo de su raza, de su atraso que busca el refugio de la cumbre, de su aislamiento que es la sola defensa protectora del débil, camino de la anquilosis y el mutismo total.

Hay una diferencia sin embargo, que puede parecer tan sólo sutilidad pero que encierra una significación profunda y desolada. El pastor de hoy cuida animales de propiedad de un temible amo blanco al que casi nunca conoce. Antes los guardaba para un poderoso desconocido también, pero que era de los suyos, de una estirpe superior, pero próxima, su padre y su Rey.

La manada de hoy rara vez pertenece a la familia del pastor, pues que el padre suyo posee pocas ovejas y "chivos", nunca una manada de importancia. Es más, la infeliz situación del pastor no se mejora ni siquiera con la posesión paternal de la manada porque queda igual de miserable, incomunicada y embrutecedora. Tanto que pastorcillos adolescentes que no eran mudos de nacimiento han perdido la facultad de hablar y articulan pocos sonidos guturales comparables a palabras, a fuerza de guardar silencio por años.

Y sin embargo es forzoso pensar que el pastoreo y la cría de animales en el páramo debiera ser una de las principales industrias del país, y la producción de carne, lana, leche, quesos, huevos y sus derivados la ocupación de miles de familias, más o menos bien instaladas en los contrafuertes de las montañas, familias que obtendrían sus medios de vida, su posible bienestar y sus probabilidads de mejora personal de esas fuentes originales de trabajo.

El abandono de la pecuaria a su suerte participa del desconocimiento de sus perspectivas industriales y del menosprecio para esa ocupación de indios.

Un plan de rehabilitación indígena, de incorporación del páramo a las fuentes poderosas y explotadas de la riqueza nacional no puede eliminar la pecuaria.

Pero habría que tecnificarla, mejorar hondamente las razas con el aporte de sangres finas y variadas, con la difusión de los conocimientos genéticos y veterinarios, con la facilitación de ejemplares de casta, con los alicientes de los concursos periódicos, con la cana-

lización de la industria lanera que ya debiera estructurarse en el país, pero no dejándola librada a la corta iniciativa privada, sino dándole aliento por medio de organismos oficiales especiales que dispongan de medios monetarios y técnicos para transformar el panorama pequeño de la pecuaria ecuatoriana en una gran industria próspera, en la que participarán muchos miles de ecuatorianos que saben lo que hacen y las metas a que se encaminan.

Los tejidos.—Las técnicas del tejido han evolucionado en un sentido y han desmejorado en otros. Pero el indio y la india, especialmente en algunas parcialidades de algunas provincias serranas, siguen vistiéndose con el trabajo de su rueca, el de su propio telar, como hace siglos.

Favorecido por circunstancias de carestía y aguijoneado por la ganancia, el indio ha logrado convertir en industria su habilidad hogareña, decantada de la experiencia ancestral del **obraje** que fue un lugar de tortura, a cambio de las pocas recetas que enseñó.

El indio de Otavalo, por ejemplo, teje en cantidad casimires de los que nunca se viste, pero que mejora y perfecciona para seguir la corriente de la moda.

En pocas ocasiones el indio es puro obrero de usina, y en esos casos el indígena se distingue por su habilidad sin falla para el manejo de las máquinas, y por su disciplina consentida y alegre.

El Comercio.—Aunque dirigido por las autoridades y limitado por razones de espacio, de topografía, el comercio indio, el intercambio, debió ser intenso en los decenios anteriores a la llegada de los españoles. Se han encontrado objetos y productos de procedencia marítima o costanera en las tumbas de la Sierra y de procedencia montañesa y aún oriental en depósitos tumularios o religiosos de las zonas bajas.

Con la aparición del blanco, el comercio se organiza y sale de la fase de intercambio para entrar en la monetaria. El almacenamiento de los productos realizados por el gobierno se diversifica y llega al almacenamiento verificado por el particular con fines de venta a mejores precios. Aparecen los productos lejanos de otras tierras que deben ser imitados en nuestro suelo y que por eso dan nacimiento a las industrias locales. Esos productos elaborados son objeto de comercio: se venden y se compran en los mercados, en las tiendas, en los almacenes de las pequeñas ciudades. El tipo del **comerciante** que probablemente era desconocido para el mundo indio aparece y adquiere rango en la escala social. No muy alto, porque el español

menospreció siempre al trabajador, al comerciante y al prestamista desde los tiempos del Cid.

La alimentación.—La elaboración de alimentos, mirada en general, tampoco ha sufrido mucho las influencias mejoradoras ni es la copia fiel de los procedimientos traídos por el blanco.

Entre los indios que viven alejados de los centros urbanos en que la población es blanca o morena, con fuerte proporción de gentes mezcladas, y, por lo mismo, con usos y modos derivados de las costumbres españolas, o, por lo menos, permeables a la influencia externa, se pueden ver las formas sencillas o naturales de la alimentación de hace centurias, ligeramente modificadas por la adición de algún vegetal y de escasa carne en ocasiones, y de mínimas cantidades de sustancias grasas, de origen animal, las que debieron estar casi ausentes de la dieta india.

En los grupos sometidos directamente al ejemplo español se advierten más pronunciadas diferencias. Mayor variedad, más frecuente y mayor presencia de la carne y de las legumbres, aparición de la grasa y los condimentos, quizá hasta una mayor riqueza global de la dieta, pero, en verdad, no una mejora fundamental, constante y deliberada.

En cambio el blanco aprendió la elaboración de los productos autóctonos, en la cual introdujo cambios sugeridos por su experiencia, por el conocimiento de procedimientos extranjeros lo que le permitió refinar y ensanchar la producción de alimentos y afirmar el mejoramiento y completación de la dieta diaria.

El mestizo se ha quedado —eterno desheredado— con una alimentación pobre en poder nutritivo, monótona y sin gracejo. Y esto no solamente por razones económicas que son las decisivas en la subalimentación de los grupos mayoritarios del Ecuador. A más de la falta de medios adquisitivos sufre el poblador ecuatoriano, en la Sierra especialmente, de desconocimiento de las formas diversas de obtener mayor rendimiento nutritivo de la uniforme alimentación que ingiere con precipitación y casi sin gusto.

El cultivo de la papa obedece en gran parte a la generalización de su uso como base de la alimentación. El español aportó su sabiduría culinaria al empleo de la papa y al del maíz.

La "comilona" es una expresión generalizada del concepto que el alimento, su abundancia, variedad y condimento merecen del mestizo y del indio. Una comida con mayor cantidad de especias tiene que derivar hacia la "comilona", es decir hacia la ingestión de enormes cantidades de casi las mismas viandas.

El indio y el mestizo cuando tienen a su alcance grandes cantidades de comidas excitantes son prácticamente insaciables. Come el hombre aculicado por el hambre de ese momento y por los déficits hasta heredados de su alimentación cotidiana y lo hace con prisa, sin saborear, operación civilizada del comer, sin procurar derivar del apetito saciado la única consecuencia enaltecedora del acto de reparar las fuerzas: el placer del sabor fino, de la vianda escogida que oculta sus componentes muchas veces, para proponer un grato enigma de sabiduría en sabores.

La chicha, bebida autóctona, hecha de diversas maneras y de diferentes materias fue adaptada por el español y mejorada en ciertos aspectos.

La glotonería del indio es proverbial, su insatisfacción pese a las cantidades ingeridas, también; pero nadie ha querido ver en ellas un desquite subconsciente de la obligada sobriedad con que vive, sobriedad que hipócritamente ha sido ensalzada como una virtud, cuando no es otra cosa que una resignación inevitable, biológica y espiritualmente.

En las clases media y rica aparece ya el "gusto" para comer y con él la variedad de las viandas, su refinamiento y su rebuscamiento si se quiere.

Transporte y marcha.—Solamente al final del primer cuarto de este siglo, el indio ha substituído—todavía en pequeña proporción—la marcha a pie por el empleo de los medios mecánicos del transporte. Antes tuvo desconfianza de ellos y ellos siempre estuvieron por encima de sus posibilidades económicas.

La visión del indio descalzo de pie y pierna, con **ojotas** a lo más, portador de un enorme fardo que pesaba sobre sus espaldas y se afianzaba en su frente inclinada hacia el suelo, recorriendo como bestia de carga los polvorientos caminos de la cordillera, era una estampa clásica de su humillación, de su inferioridad, de su desamparo humano.

Hasta el segundo decenio de este siglo, el transporte de objetos pesados se hacía por el medio colectivo llamado **guando**, y los objetos menudos eran llevados por peones, a las espaldas, por caminos en los cuales el hombre y la bestia confundían su sudor y sus quejidos, en medio del chaparrón, el lodazal traidor o el sol inclemente en el arenal requemado.

El transporte automotriz apareció bastante tarde entre nosotros y su abaratamiento se hizo esperar aún más. La presencia de ferrocarriles de recorrido corto y de lento rodar, y de los vehículos movidos por gasolina en los caminos estrechos que se pretendían **carrozables**,

en medio a los peligros y a la incomodidad hizo disminuir al peatón y va eliminando lentamente al **indio carguero**, pero no lo ha suprimido aún totalmente del camino ecuatoriano.

Todavía en sitios a donde no es posible llevar al camión, o cuando se trata de recorridos cortos, el indio pone a la espalda bultos pesados y se lanza a la ruta, como hace varios siglos.

En las haciendas todavía el transporte interno de semillas y del resultado de las cosechas se hace a lomo de indio, y se puede ver por las tardes, en las ciudades pequeñas y en las aldeas de la Sierra las hileras de indios y de indias que regresan del campo portando a la espalda atados voluminosos de los cereales cosechados.

Hasta hoy es vergüenza nuestra la calle de la ciudad tiznada de cargadores y de madres con el crío a la espalda y con los pies descalzos. El animal de carga —a veces poco menos que gratuito— en ciudades, villorrios y caminos asusta al extranjero porque es igual al hombre.

El calzado que se imitó del español ha tenido una curiosa evolución: alpargata, ojota, suela de caucho, zapato tosco.

Las artes.—Las mayores no podían recibir los aportes indios porque su pintura no llegó entre nosotros al gran fresco como en el Sur de México o en la Península de Yucatán; su arquitectura no tiene muestras grandiosas en nuestro territorio; su literatura casi no ha dejado más rastros que la tradición borrosa o el folklore mezclado con fuertes influencias peninsulares.

La música ha resistido, en cambio, al superponerse de la traída por los españoles. Hay una curiosa laguna que una historiografía musical advertida y paciente encontrará en el desarrollo de la música en este país, y quizá en la América nuestra.

Los compositores que debieron recoger la herencia de la metrópoli y perpetuarla durante la Colonia y la primera República no se hicieron presentes con obras que mostraran algo del espíritu nativo y tuvieran derecho a perdurar. Ni siquiera el negro consiguió interferir con su ritmo loco y su caudalosa sentimentalidad en el cubrimiento por la música importada de los ritmos simples y la emoción monótona y mono-corde del indio.

La música religiosa en la cual en Norteamérica asomó la personalidad del "americano" y se deslizó el negro audazmente, los **negro-spirituals**, no tiene equivalencia en América del Sur, y claro, tampoco en el panorama de la música ecuatoriana.

En cambio, los motivos indios, de enorme simplicidad y mojadados casi todos en llanto y en abandono, se han prolongado, pese a la

saturación periódica de otras músicas populares más complejas y de mayor expresividad.

La recolección de los motivos musicales propios de estas regiones no ha sido todavía emprendida con amor y con ciencia, y nadie se ha ocupado tampoco de destrenzar las influencias india, española, y otras, en el más bien escaso conjunto de temas musicales que aparecen como propios de estas naciones. Porque este es otro aspecto de interés: una misma melodía es presentada como original y autóctona en varios países a la vez, sin que sea posible saber la verdad.

En la danza es fácil de advertir la superación de lo español en los movimientos, en el vestuario, en las máscaras. El vestido de guerra de los españoles es dificultosamente imitado por los indios para los protagonistas de los bailes de ceremonia que se efectúan casi siempre al final de una fiesta religiosa.

Su nombre mismo es de procedencia española integral: los **corazas**. Algún otro baile que se supone más indio por la decoración del vestido de **danzante** que simula un animal monstruoso tiene también, con mucha probabilidad, influencia española. La música que acompaña las danzas interminables de los **priostes**, es decir de quienes llevan la protagonización de la fiesta y el peso monetario de la misma, es simplísima y dada por los instrumentos: un tambor elemental y un violín que repite incansablemente las mismas agudas notas.

Es probable que un examen más hondo del ritmo y los pasos de la danza y de la música de acompañamiento entregara algunas sorpresas, pero esos exámenes aún no han sido hechos, por lo demás, en las diferentes provincias las danzas y los vestidos y la música de acompañamiento tienen variantes significativas.

La canción mestiza, poco rica en musicalidad, está derivando en nuestro tiempo a un primitivismo de las palabras verdaderamente desolador. Se mantiene frente a la invasión musical extranjera de origen popular, únicamente por el lloriqueo y la repetición de nombres geográficos conocidos o exclamaciones patrioterías, huérfanas de arte y a veces de sentido.

En la cerámica, mejor dicho en la alfarería, el descenso del arte indio es muy sensible. La técnica del vitrificado o vidriado, por una u otra causa, se va perdiendo. El barro cocido subsiste en la hechura de vasijas para depósitos de agua; pero las formas puras de ellas mismas se van para dejar el sitio a recipientes sin hermosura, sin gracia y sin virtudes refrescantes. El aporte español que durante la Colonia produjo el azulejo y una laca como la de Puebla, fondo blanco para decorado azul y a la inversa, se ha esfumado lentamente tam-

bién. El mosaico ha de ser importado y quizá en breve una industria naciente nos libre de la dependencia extranjera.

La medicina.—El empleo de muchos vegetales en la farmacopea popular tiene vestigios de la costumbre india. Los indígenas descubrieron el valor curativo de numerosas plantas y los españoles siguieron su costumbre. Posteriormente la medicina ha confirmado no pocos de esos empleos y ha desechado otros, y tiene en proceso de investigación a unos tantos.

Los estigmas de maíz conservan su prestigio diurético, por ejemplo. El tabaco fue una panacea, usado en variadas formas. Algunas, en la tierra caliente aún subsisten.

La festividad y los vicios.—La fiesta religiosa o familiar entre los indios y los mestizos, y aún en la clase alta económicamente, no tiene categoría si no cuenta con la embriaguez final que es obligada e imprescindible.

El **puro**, rudo alcohol de caña, mezclado a veces con estupefacientes vegetales en estado bruto, derivados de plantas de la familia de las solanáceas, y la **chicha** que ha dejado de ser un líquido derivado de la fermentación de un maíz escogido y a medias germinado, para convertirse en una adulteración tóxica y de pésimo sabor y gusto, destruyen el organismo y la psiquis del indio y del mestizo.

El **guarapo**, es una adulteración excesivamente pobre y tóxica de la chicha. Su consumo embrutece y su aumento preocupa ya a las autoridades policiales, tanto por su clandestinidad, como por sus efectos sobre los bebedores.

La ingestión de las bebidas alcohólicas se hace sin medida alguna. Al contrario, el beber sin tasa es signo de virilidad, de generosidad y de riqueza y poder.

Entre nosotros, por desgracia, no ha prosperado la uva y sufrimos la condición de un país sin vino y con alcoholes malos. Es posible que los ensayos españoles por aclimatar la vid si hubieran sido seguidos con tesón, sabiduría y sin egoísmos locales y tributarios en la Colonia y en la República nos habrían podido ofrecer el vino que hace falta en la dieta diaria del "cholo" ecuatoriano.

Sin embargo de la ingestión ilimitada de alcohol, sed semanal que solamente traba la falta de dinero, el índice de criminalidad el Ecuador no es alto, si se lo compara con el de otras naciones. Entre nuestras provincias, los porcentajes son más elevados en las provincias de mayor población mestiza.

No existe entre nosotros el bebedor sistemático que no es de un borracho consuetudinario y que cada día absorbe una cantidad ili-

mitada de alcohol. Los días ordinarios el indio y el mestizo son abstemios, casi obligadamente, dado el alto precio de las bebidas. El domingo y el día de fiesta son días de revancha. Entonces el mestizo y el indio anhelan emborracharse sin dique alguno, con frenesí y prisas rabiosos. La pérdida de la conciencia es buscada con ansiedad y hay una cierta jactancia en lograrlo y hasta en recordarlo.

Desde luego debe hacerse un apuntamiento a modo de excusa. La borrachera, el baile, las fiestas religiosas y las lidias de toros son los pocos esparcimientos colectivos accesibles para y saboreados por el indio y el cholo. Las autoridades no han hecho hasta hoy absolutamente nada para substituir en el horizonte mental y moral del hombre pobre esas diversiones de bajo nivel.

La aparición de los deportes en las últimas décadas es todavía tímida y no alcanzará, en muchos años, a reemplazar a las diversiones primeras.

La riñas de gallos son un entretenimiento traído por los españoles y dejado por ellos en este suelo.

Consideración del deporte.—El indio y el mestizo aún miran los deportes como cosas de blancos, extrañas a su vida y a su mundo.

Tan sólo el juego de pelota en sus variadas formas entra en el estrecho círculo a sus preocupaciones, y eso por el lado que no es propiamente deportivo, por el de la apuesta.

Personalmente me resisto a creer en los beneficios del juego de pelota en el campo estrictamente físico. Es interminable, con enormes pausas, unilateral, pues no se ocupa de uno de los brazos y engendra una enorme fatiga y una ansiedad de reposo al fin de una larga y abrumadora jornada; pero no la cesación para ir en busca de la ducha, por ejemplo, pues que el baño no existe y los "cotos" se terminan sólo con la luz de la tarde. Tampoco desarrolla el espíritu de equipo y no puede producir el atleta proporcionado y hermoso por obvias razones de falta de equilibrio y sistematización del esfuerzo.

Se dice que los indios jugaban ya a la pelota y que ese juego es heredado de ellos, y, por lo mismo el solo deporte autóctono. Hay razones para pensar que alguna de las formas de ese juego vienen desde los indios. En todo caso, la pasión de la ganancia y la fiebre de la apuesta son de auténtica procedencia española, y eso es lo de más malo que hay en el juego de pelota.

Formas de gobierno local.—El ayllu comunitario persistió a través de las formas más centralistas de gobierno. El curaca, jefe local, detentaba casi todos los poderes y compartía con el jefe religio-

so las responsabilidades del poder, como en casi todas las organizaciones no muy alejadas de la tribu.

Al curaca los españoles le dieron la denominación de alcalde, y el fue el intermediario para el gobierno, para el mando y para las exacciones. Con los alcaldes se hacía presente el poder impositivo español y por medio de si mismos los blancos dispensaban las escasas mercedes que algunas veces se creían obligados a dispensar.

Los jefes militares como Calicuchima, Quizquiz, Rumiñahui, capitanes de guerra, especializados y de insurgencia rectilínea, fueron eliminados y su poder y su influencia cortadas de raíz. La persecución a Rumiñahui tiene ese sentido de descuaje de una potencia adversa.

El alcalde recibió de manos del corregidor o del teniente de corregidor las insignias del mando y ejerció su autoridad en veces despótica sobre la masa india de un modo directo, con la misma inhumana violencia con que la ejercen los nativos que hacen las veces de autoridad local y de representante del poder extraño, en todas las ocupaciones militares disfrazadas de asentamiento civil que han ocurrido en todas partes, luego de guerras desgraciadas para el indígena.

En la comunidad el alcalde y sus adjuntos tienen gran poder además porque el español, al principio por sutileza política, y luego por costumbre, escogió para alcaldes a los indios de mayor prestancia personal, de más ascendiente, de mayores medios económicos y hasta de mayor posición social heredada, pues que entre los indios subsistió en parte la jerarquía familiar, propiciada por la temprana discriminación española de indios nobles y plebeyos.

Las reuniones de ancianos, rituales y consuetudinarias entre los indios, fueron reemplazadas por los cabildos en las ciudades de mayor importancia, por las juntas parroquiales de asesoría civil para los tenientes de corregidor en las circunscripciones.

En todo caso, las entidades cívicas españolas aprovecharon los planos de la organización india y los fueron substituyendo lentamente. Es claro que no llegaron a penetrar en la célula misma de la organización india y que la "comunidad" resiste hasta ahora en la elección de dignatarios y en las decisiones importantes, a las influencias forasteras. Ella sigue siendo el núcleo civil indígena y con ella habrá de contarse en todo intento de mejora orgánica, profunda, bien intencionada de la situación infeliz de las masas indias.